

LA VERDADERA NATURALEZA DEL HOMBRE

Francisco López Bayghén*

La tragedia del hombre consiste en que es un animal que quisiera dejar de serlo.

F.L.B.

Bien querría el ser humano apartarse de su naturaleza animal, compuesta por instintos e impulsos primarios y gobernarse en cambio por leyes morales que él mismo ha inventado, pero no puede lograrlo. He aquí la lucha entre su inteligencia humana y su naturaleza animal, ¿cuál de estos dos elementos domina al otro? Es éste el inevitable conflicto entre lo que *el hombre quisiera ser* y *lo que realmente es*, entre el ser y el deber ser. Está condenado a ser un animal y seguirá siéndolo y éste es el motivo de su insatisfacción vital.

La raíz del hombre es fundamentalmente biológica y aunque se pueda decir que él ocupa la cúspide en la evolución natural de las especies animales, no por eso deja de figurar entre tales especies. Para Aristóteles, padre de los estudios biológicos, el hombre fue "zoon-politikon" —animal político— por su tendencia a vivir en grupos o sociedades y a fundar asentamientos humanos.

Qué no daría el hombre por poderse desprender del animal que lleva dentro; el animal lleno de necesidades biológicas que lo encadenan y esclavizan a su, muchas veces, grosera satisfacción. El hombre auténtico, superior por más evolucionado, al que aspiramos llegar a ser ¿no tendrá acaso alguna semejanza con el "superhombre" de Nietzsche?, cuando éste habla de que el hombre tal como es ha vivido mucho tiempo y que ya es hora de superarse, o bien, prefiere volver a la bestia en vez de procurar la eleva-

ción de su condición humana. (Y no hablamos aquí de la desviación que hizo el nazismo con las ideas de Nietzsche, porque no nos referimos a una sola raza sino a toda la especie humana).

Con sentido muy profundo hablan Alvin Toffler del "animal humano" y Carlos Marx del "hombre humano", dando ambos un significado muy especial a sus palabras. La primera expresión considera al hombre más animal que humano y la segunda, más humano que animal, es decir, que esta última esboza la esperanza de que algún día, en el devenir de los mundos, el hombre se humanice totalmente. Y que no se nos acuse de pesimistas, porque nosotros abrigamos la misma confianza.

Pero mientras haya en el mundo hombres que piensen y obren de mala fe, de nada servirán las palabras del Cristo, aquellas que dicen: Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

Mas nunca habrá paz ni buena voluntad en la Tierra, mientras existan superpotencias político-militares que ostentan ideologías económico-sociales opuestas y con este pretexto pretenden ejercer la hegemonía o dominio del mundo. Dentro de una política sucia y mañosa de ambas partes, los Estados Unidos y la Unión Soviética, no hay día que no se lancen amenazas de guerra y se realicen escaramuzas, de una guerra que ya los Estados Unidos tratan de llevar al espacio, lo que demuestra que son más fuertes el instinto de agresión y el afán de autodestrucción y muerte, que un espíritu sereno de paz en el hombre; una guerra sin descanso tal y como sucede en el mundo animal en su lucha cotidiana por la vida.

El hombre vive atemorizado como si habitara dentro de una cueva y esperara ser atacado por

*Al publicar este artículo póstumo del señor profesor López Bayghén, ACTA MEDICA rinde homenaje a tan distinguido colaborador y lamenta profundamente su pérdida acaecida en esta ciudad de México el 19 de junio de 1987.

diversos animales dañinos de un momento a otro, a causa de la amenaza casi diaria de una conflagración generalizada con armas nucleares, es decir, atómicas, que destruirían la vida en el planeta y que no dejarían ni siquiera huella de que la haya habido alguna vez. Esta situación ha prevalecido siempre porque la historia no ha sido otra cosa que una serie ininterrumpida de guerras y luchas fratricidas de mayor o menor proporción. Tal es la vida humana y por eso la filosofía de la historia encuentra que a pesar de los alardes de nuestras tan cantadas civilización y cultura, el hombre en lo más profundo de su ser continúa siendo en mucho, más animal que humano. Y esto lo vemos con el hecho de observar a un individuo cualquiera, al que si se le cae el ligero y superficial barniz de civilización que ostenta, salta de inmediato la fiera con todas sus manifestaciones de agresividad y beligerancia, y en vez del progreso espiritual del hombre reaparece la barbarie.

* * *

El temor y rechazo al llamado freudismo estriba en el hecho de que sus doctrinas sacan a flote todas las pasiones humanas, con lo que se destapa y se muestra a la luz del día aquello que por tanto tiempo se ha mantenido oculto, por falso pudor hacia lo que se ha considerado sucio, bajo e inconveniente de propagarse, empezando por el sexo mismo.

La moral y la religión repudian que se hagan del público conocimiento que en el mejor de los hombres puede haber escondido "un incestuoso, un violador, un adúltero, un homosexual, un falsario, un traidor, un ladrón", tal y como lo dice Giovanni Papini en su obra "Gog". Sigmund Freud, el médico judío vienés, en su afán por conocer el origen de las neurosis que él intentaba curar, en su tarea de explorador escarba en los bajos fondos de la naturaleza humana y llega al descubrimiento de lo que tan atinadamente enuncia Papini. Tales ideas chocan con la moral en curso, cosa que estudia y detalla muy bien Stefan Zweig en su "Biografía de Freud", de acuerdo con lo cual cada persona que pretende ser ejemplar, honesta y decente, a menudo tiene que cubrirse con una máscara de hipocresía.

¿Y la religión?, ésta se encuentra todavía más mal parada y en peor situación, porque intenta propagar que el hombre ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios, idea que a menudo la conducta humana real se encarga de contradecir.

La humanidad tiene miedo de conocer sus propias verdades, ¿es que tiene miedo de verse en el espejo y descubrir un monstruo en vez de un hombre? Este hecho, de una manera magistral, está representado simbólicamente en la obra del inglés R. L. Stevenson "El extraño caso del Dr. Jekyll y del Sr. Hyde", también conocida como "El hombre y la bestia".

Es el caso de un médico que realiza en su laboratorio de investigaciones un experimento que logre el desdoblamiento de su personalidad, hasta que consigue por medio de la ingestión de una sustancia que él mismo ha preparado, la busca da conversión y se transforma en un hombre bestial en lo físico y lo moral, cometiendo actos propios de esta nueva condición, para luego regresar —en esta fantasía— a su situación original de hombre; hasta que llega el momento en que siendo bestia ya no le es posible regresar a hombre y permanece en su última condición. Esto no es sino la tesis de que detrás del hombre está escondida la bestia.

* * *

El hombre, ya lo hemos dicho, es un ser regido por instintos y necesidades fisiológicas inherentes a su naturaleza biológica, cuya satisfacción es de importancia vital, al igual que sucede con todas las otras especies animales.

Si se evalúan los resultados que han tenido los esfuerzos humanos por lograr una superación de su ser biológico, se verá que es muy escaso lo que se ha obtenido en tanto tiempo y por tantos hombres, ya que sólo se pueden citar unos cuantos casos en los que muy pocos individuos por las vías del sacrificio y el desinterés han logrado rebasar su condición de animalidad egoísta y asumir una conducta que se pueda considerar como realmente moral y por ello, propiamente humana: algunos héroes y algunos santos.

El hombre para hacer posible la convivencia social ha creado normas morales y jurídicas, pero a lo largo del tiempo y del espacio siempre las ha transgredido, siempre las ha violado. Se han

creado sanciones o castigos para los transgresores, pero todo ha sido inútil. En la vida de todos los hombres ha habido momentos en que sólo ha importado la satisfacción de los propios apetitos y su comportamiento ha sido exclusivamente biológico, es decir, animal.

Entonces vemos que si existe progreso material de grandes alcances que ha dado comodidad para vivir, en cambio tal progreso no se ha obtenido en el campo del desarrollo espiritual humano: la ciencia y la tecnología de las cosas materiales han conseguido un avance muy superior al habido en el terreno de la superación moral del hombre. A menudo se ha visto que la tecnología —ciencia aplicada— ha desatado fuerzas que luego el hombre no sabe cómo manejar y dominar de una manera positiva, es decir, en beneficio de todos sus semejantes.

Stefan Sweig en su precitada "Biografía de Freud", dice de su biografiado que después de haber visto los horrores de la primera guerra mundial [1914-1918], pensó que "nunca había advertido como en esos cuatro años apocalípticos, lo delgada que es todavía la capa de civilización que oculta la violencia de nuestros instintos de lucha, y cómo de un solo empuje del inconsciente se derriban todos los audaces edificios del espíritu y todos los templos de la moral, cómo se ha visto sacrificar la cultura, la religión, todo lo que ennoblece y eleva la vida consciente del hombre, al placer salvaje y primitivo de la destrucción; todas las potencias santas y santificadas se han mostrado una vez más de una debilidad pueril frente al instinto, sordo y sediento de sangre, del hombre primitivo".

El hombre en la guerra no tiene enfrente a otro semejante sino al enemigo que hay que matar, siguiendo la ley suprema de matar o morir. El hombre es el lobo del hombre.

* * *

Si el ser humano quisiera desentenderse de su naturaleza original para seguir otras vías de comportamiento superior, equivaldría a pensar que si alguien se quisiera desprender de la tierra y para lograrlo se pusiera a dar saltos hacia arriba, siempre caería de nuevo atraído por la fuerza de gravedad, para así seguir indefinidamente pegado al suelo que pisa.

Se nos dirá que los aviones y los cohetes espaciales al elevarse han logrado vencer la gravedad terrestre, a lo cual contestaríamos que los aviones sólo lo hacen por un tiempo relativamente corto y los aparatos espaciales que han llegado a la Luna, la han encontrado inhabitable y han tenido que regresar a la Tierra a posarse en el mismo suelo de siempre. Válganos esta comparación que hacemos entre los esfuerzos físicos y los esfuerzos morales que hace el hombre para superar sus condiciones naturales de vida.

En el terreno moral se nos dirá asimismo, que ha habido santos que han sido capaces de vencer su egoísmo innato y han vivido dentro de la mayor pureza y abnegación: Jesucristo y San Francisco, Buda, en un primer plano y en un segundo, Sócrates, Confucio, Gandhi, varones de innegable virtud, para citar sólo los más grandes ejemplos. Pero éstas solamente son excepciones gloriosas y nosotros estamos hablando del género humano en su totalidad. Tampoco queremos referirnos aquí a la vida que algunos hombres realizan en el ámbito privado de su individualidad, en la cual encontraríamos varios actos ejemplares dignos de ser imitados, sino que nos referimos al panorama de la sociedad íntegra, en todos los tiempos y todos los lugares.

Queremos hablar de lo que es permanente en el hombre, de lo que es esencial en él en su existencia real y no de lo que sólo se da momentáneamente y por excepción.

II

Si alguien nos tachara de pesimistas le diríamos que sólo somos realistas. No perdemos nada con ver la realidad tal como es y sí podemos perder mucho si nos dejamos embargar por un optimismo falso. Pensamos que es mejor poner los pies en el suelo y nos hacemos solidarios con Romain Rolland cuando decía que "en el mundo no hay más que una sola virtud: verlo tal como es y amarlo". Aquí se impone una aclaración, pues entendemos que Rolland quiso decir "amarlo" en el sentido de admitirlo tal como es por ahora, pero con la esperanza de trabajar para mejorarlo. No nos queda otro camino.

En este siglo que ha vivido las dos masacres más grandes de la historia y se han visto la carcería y la carnicería de hombres más espanto-

sas; en esta época en que no se ha vacilado en emplear la energía nuclear bajo la forma de bombas destructoras de irreparables consecuencias, y en la que la rapiña, la voracidad y la acción depredadora del hombre están en sus mejores momentos; en esta era de la vida humana en la que unos pocos países han acaparado casi toda la riqueza del mundo y son capaces de dejar morir de hambre a la inmensa mayoría de los habitantes de nuestro infortunado planeta, y en la que el dominio militar y económico está en manos de unos cuantos hombres a quienes sólo interesa el acrecentamiento de sus incalculables riquezas, y así el despilfarro y la opulencia de algunos, gravitan sobre la miseria de todos los pobladores pobres de la Tierra; en esta época carente de todo sentido social y en la que cada quien ve por sí mismo dentro del más exaltado individualismo, al grito de "sálvese el que pueda" cómo no vamos a pensar en que el progreso histórico de los valores del espíritu ha sido tan raquítico, que casi no es digno de tomarse en cuenta.

De esta suerte, la ciencia, la tecnología, la religión, el arte y otros productos culturales nada o casi nada pueden hacer por la salvación del mundo. Si un ciego afán de predominio gobierna al espíritu del hombre, vivimos todos bajo la angustia y amenaza de otra u otras guerras futuras; entonces, no nos queda más remedio que refugiarnos en una posición existencialista, de crisis, que no busca valores permanentes porque sólo vive la angustia del momento presente.

Tales circunstancias nos hacen pensar que la animalidad reinante, manifiesta en la forma más pura de un egoísmo irracional, infrahumano, ha alcanzado su máximo grado de expresión entre los hombres.

III

Ya que en el texto anterior se ha hablado de instintos, justo es que digamos algo acerca de ellos, por lo menos de los que son fundamentales y están íntimamente relacionados con el tema que nos ocupa. Para la mayoría de las gentes, los instintos son impulsos primarios, resortes de la conducta que mueven al individuo a obrar en su carácter de fuerzas espontáneas e irreflexivas, es decir, completamente naturales

porque pertenecen a las reacciones innatas propias de cada especie.

Creemos oportuno mencionar aquí que este tipo de reacciones es tan importante, que en fecha reciente hemos concluido un trabajo que lleva por título "El instinto, esa fuerza desconocida" en donde se ha procurado tratar este tema de la manera más amplia y detallada.

Los instintos son funciones biológicas de adaptación y fueron apareciendo a través del largo proceso natural de la evolución de las especies. Los instintos son específicos o sea, que son propios y especiales para cada grupo animal, excepción hecha de aquellos que son vitales porque pertenecen en general a todas las especies ya que de ellos depende la conservación de la vida de dichas especies, incluyendo la del hombre. De estos últimos instintos es de los que brevemente nos vamos a ocupar aquí.

Erich Fromm enfoca el problema de manera semejante al decir que "*los instintos son soluciones a las necesidades fisiológicas del hombre* y tienen una categoría puramente natural, y un intenso poder de motivación", de allí su gran fuerza en la vida de la especie humana, a la vez que se confirma la naturaleza animal del hombre.

Pero no vayamos más lejos para ver desde ahora cuáles son los instintos básicos o fundamentales; desde luego la alimentación o nutrición, que es necesidad fisiológica e instinto a la vez, y con respecto de la cual resulta obvio hacer explicación o ampliación alguna. Vendrían en seguida el instinto egoísta y los de defensa y lucha, el de apropiación y el de la reproducción.

El egoísmo inconsciente se considera como el núcleo instintivo de la personalidad en cuanto garantiza la conservación de la vida del individuo, por lo que hace que nos protejamos a nosotros mismos asegurándonos todo lo que es necesario para nuestra supervivencia. Este tipo de egoísmo en sus proporciones necesarias y justas es altamente positivo por las razones expuestas, en tanto que el egoísmo consciente del que a menudo se abusa en provecho propio y en detrimento de los demás, tiene un carácter negativo y de él no nos ocuparemos por ahora.

Los instintos de defensa y lucha comúnmente van asociados y son indispensables en tanto que velan por la seguridad del sujeto, pero pierden legitimidad moral en la medida que se extrali-

mitan. Aquí es donde Freud y Fromm ven el peligro de la agresividad, de la cual dan la voz de alarma porque este instinto agresivo en vez de disminuir aumenta cada vez más entre los individuos y las naciones, sobre todo entre aquellas que se disputan el dominio del mundo y con ello nos traen la amenaza constante de la guerra. Claro es que el hombre de las cavernas tenía que vivir alerta para defenderse de las fieras y de aquellos semejantes que lo atacaban, pero ahí era fácil pasar de la autodefensa personal a la agresividad y la disputa por la posesión de las cosas, de acuerdo con la ley natural del triunfo del más fuerte.

Al respecto dice Erich Fromm que “las diversas formas de agresión maligna, en especial el sadismo —pasión de poder irrestricto sobre otro ser— y la ‘necrofilia’ —pasión de aniquilar la vida y atracción hacia todo lo muerto, decadente y mecánico—, dominan cada día más el carácter del hombre. El entendimiento de estas estructuras se facilitará mediante el análisis del carácter de ciertos sádicos y aniquiladores de hombres, bien conocidos en el pasado reciente como Stalin, Hitler, Himmler, etc.”

El político y el poderoso a menudo vemos que no tienen inconveniente en matar a quien les opone resistencia y le estorba para sus fines aviesos. El ladrón no sólo se conforma con despojar a su víctima sino que se ensaña con ella, sádica y lastimándola muchas veces sin necesidad. Aquí tenemos a hombres que movidos por la ambición y la codicia se convierten en asesinos, en animales salvajes.

Y qué diremos del terrorismo reinante en nuestros días, en el que varios miles de inocentes han perdido la vida a manos de hombres locos, que sedientos de sangre no paran mientes en su afán de victimar a otros miembros de la sociedad, que perecen indefensos y sin merecerlo, sin haber tenido culpa alguna y que mueren a manos de criminales cobardes, ciegos y sordos, que de una manera bestial ejercen su venganza contra la sociedad. Con toda razón dice Fromm que el hombre es el único animal que mata sin necesidad de hacerlo y que experimenta placer con ello. He aquí la necrofilia, afición y tendencia a la muerte, de que nos hablan los psiquiatras mencionados.

El instinto de propiedad tiene vigencia moral

en cuanto preconiza que todos los seres vivientes tienen derecho a poseer lo indispensable para la satisfacción de sus necesidades vitales, pero por desgracia, se ha convertido en la piedra de toque de las disputas humanas, de las luchas sociales. La propiedad ha dividido al mundo social en ricos y pobres, en poseedores y desposeídos, así como en el mundo natural existen fuertes y débiles. El hombre todo lo tuerce, todo lo desvirtúa y de ahí su inhumanidad.

Cuando se combinan el instinto de la propiedad y el egoísmo consciente, no el instintivo, juntan sus fuerzas y constituyen un peligro, pues de una ambición justa y natural se pasa fácilmente a una ambición desmedida y sin gobierno, y entonces de esta funesta unión surge el instinto de acaparamiento, mejor llamado instinto imperialista; de la deformación de este instinto aparecen consecuencias como el abuso y el despojo a los débiles, sin escrúpulo alguno. Los instintos pertenecen al orden biológico, pero tienen consecuencias morales y cuando el hombre pierde la conciencia social se entrega de lleno a un comportamiento completamente animal.

En el instinto de la reproducción, sexual o amoroso, el hombre no es sino un instrumento de la naturaleza. Alguien ha dicho que el ser humano es tan egoísta, que si no encontrara placer en el acto amoroso no se reproduciría. En efecto, la necesidad sexual —el tan temido sexo— está por completo al servicio de la prolongación, en el tiempo y en el espacio, de la vida de las especies. La “libido” freudiana o atracción de un sexo al otro es el mecanismo por el cual se realiza el contacto que hace posible la procreación de nuevos seres; lo que en el hombre se puede llamar “amor” en las especies restantes no pasa de ser la llamada “época de celo”, que es en uno y otro casos la aproximación de los sexos.

Una moral ñoña y desgastada, mojigata, es la que ha considerado como sucio lo que en realidad es una necesidad fisiológica y la manifestación de un instinto en la vida de los individuos.

En la realización de su vida amorosa el hombre cree que persigue sus propios fines, pero ignora el engaño porque en realidad está sirviendo a fuerzas superiores a él, como son las fuerzas naturales. La satisfacción de las necesidades fisiológicas y el cumplimiento ineludible de los instintos, ponen al hombre al parejo de las otras

especies y son los hechos que lo sitúan plenamente dentro del orden de la vida animal.

IV

No olvidamos que se han hecho grandes avances en el progreso material, en lo que hemos dado en llamar civilización, sobre todo desde la Revolución Industrial de mediados del siglo pasado, y hasta un poco antes, con la invención de la máquina de vapor y las máquinas textiles que revolucionaron a Inglaterra.

Estos y todos los inventos que vinieron después dieron lugar a la era del maquinismo que cambió los sistemas de producción, pasando del pequeño taller individual a la creación de la gran factoría o fábrica, en la cual los trabajadores vendían su fuerza de trabajo y no ya su producción individual como antes. Pero si este avance favoreció a la economía de las naciones industriales, en cambio, no benefició en nada a la inmensa mayoría de los hombres, que pasaron a la condición de asalariados, es decir, de esclavos disimulados, porque quienes realmente resultaron gananciosos fueron unos cuantos, los dueños de las empresas productoras con la formación de la nueva clase capitalista industrial, que sustituyó en el poder a la antigua clase feudal.

Mas los adelantos científicos y técnicos continuaron asombrando al mundo en una época que ha sido quizá la más importante de la historia, en este sentido; se le llamó la era del progreso, del cual se hizo casi un dios al que se rendía culto por medio de una ilimitada fe en él, llegándose a creer que con dicho progreso había llegado ya la salvación de la humanidad, pero sobrevino la primera guerra mundial, la "gran guerra" como la llamaron entonces, y se olvidó la civilización reapareciendo la barbarie primitiva; sólo hubo un refinamiento: el arte de matar hombres. Y sucedió que la humanidad no sólo perdió la fe en el progreso, sino hasta la fe en Dios.

Los otros adelantos a que nos hemos referido fueron el teléfono y el telégrafo, el gramófono, la luz eléctrica, el cinematógrafo y los rayos X, la telegrafía inalámbrica o sea la radio, el automóvil y el aeroplano, etc., y modernamente la televisión y la computación electrónica. (De intento no hemos hecho referencia a la era atómica en que vivimos, porque la liberación de la energía nuclear ha servido tanto para bien como

para mal, y hoy por hoy significa un gran peligro para la supervivencia humana).

Los inventos referidos significaron mayores comodidades para vivir, aunque de muchas de ellas sólo pueden disfrutar quienes cuentan con los recursos suficientes, mientras que para una considerable mayoría son lujos inalcanzables. Tales comodidades han hecho a quienes las disfrutaban más ambiciosos, vanidosos y dados a la ostentación de lo que poseen; mas volvamos los ojos hacia el otro lado para retornar a nuestra eterna interrogante: este progreso material ¿en qué ha mejorado la condición interna del hombre?, ¿lo ha hecho acaso más humano en un sentido más elevado del término?

V

Si pasamos revista a la cultura, que consideramos como aspecto superior en la vida del hombre, vemos que de poco ha servido la existencia de las grandes individualidades de la historia, cuya obra persiste para mostrarnos la grandeza creadora de aquellos hombres de excepción; de casi nada ha servido su influencia, mientras no se haya logrado una efectiva y duradera superación de la condición humana.

Hablamos de Galileo y Copérnico hasta Newton y Einstein, de Pasteur y Darwin, y de Platón y Aristóteles hasta Kant y Hegel, en las ciencias y el pensamiento; de Leonardo, Miguel Angel y Rafael, de Fidias y Rodin en las artes; de Sófocles, de Shakespeare y Cervantes, Dostoievski y Tolstoi, en las letras; de Bach, Mozart y Beethoven en la música, para sólo mencionar a los valores clásicos indiscutibles. Pero ¿todos ellos con su obra excelsa han contribuido de una manera permanente, a elevar la moral del hombre?

Y ¿cómo debería de ser el hombre humanizado al que aspiramos? Sería aquél que sintiera amor por sus semejantes, capaz de ejercer el perdón, la tolerancia, la comprensión, la conmiseración, hacia los demás seres; que fuera capaz de ayudar y no explotar a los otros, dominando el terrible egoísmo animal que ahora lo invade y lo hace ambicioso, codicioso y cruel; aquél que sin querer ser el amo y dueño de las vidas de los demás viera a todos como sus iguales y les diera la mano de amigo.

Un hombre mejor sería el que se quitara la máscara cotidiana de la hipocresía que oculta sus bajas pasiones —odio, envidia, intriga— y fuera sincero y amante de la verdad en lo que le fue-

ra posible aproximarse a ella; el que tendiera un puente de equidad y justicia entre él y sus prójimos para juzgarlos y estimarlos. Este, para nosotros sería el hombre humano a fin de cuentas.